



Ciencia Ergo Sum

ISSN: 1405-0269

[ciencia.ergosum@yahoo.com.mx](mailto:ciencia.ergosum@yahoo.com.mx)

Universidad Autónoma del Estado de México  
México

Quintana Tejera, Luis

Apolinario Pérez

Ciencia Ergo Sum, vol. 9, núm. 3, noviembre, 2002

Universidad Autónoma del Estado de México

Toluca, México

Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=10490312>

- [Cómo citar el artículo](#)
- [Número completo](#)
- [Más información del artículo](#)
- [Página de la revista en redalyc.org](#)

 redalyc.org

Sistema de Información Científica

Red de Revistas Científicas de América Latina, el Caribe, España y Portugal

Proyecto académico sin fines de lucro, desarrollado bajo la iniciativa de acceso abierto



\* Facultad de Humanidades, Universidad Autónoma del Estado de México.  
Teléfono: (722) 213 14 07.  
Correo electrónico: qluis11@hotmail.com



Son estrellas apagadas  
de un paraíso perdido  
y cuando pienso en ellas  
un sonido de horror  
me recorre por dentro.  
Es la vida, la decisión  
de ser mediocre,  
es la soledad de un poder  
compartido con nadie.



# Apolinario Pérez

Luis Quintana Tejera\*

A noche, en la mitad de un sueño intranquilo, me vi platicando con Narciso Paredes en el patio de la facultad y él me decía al pasar que no me olvidara de Apolinario Pérez y que revelara su historia en un relato que me autorizara a saber algo más de este hombre. No sé por qué me llegó de pronto el recuerdo de alguien que es un individuo de la vida real, pero en quien no había querido pensar en mucho tiempo. Momentos después, repasando algunas páginas de Internet me encontré cara a cara con el Apolinario auténtico y allí decían maravillas de él y sus actuaciones en la ciudad en donde había nacido. Pero yo lo conocí en Maldonado y mi impresión no fue la misma. Pido perdón porque ni la propia muerte de este personaje ha podido borrar de mi conciencia la nefasta huella que dejó en mí.

Estaba casado en segundas nupcias con una mujer mucho más joven que él. Caminaba siempre con una parsimoniosa lentitud exigida por los años mientras su cuerpo permanecía fijo en una misma posición; su cabeza completamente rapada terminaba de completar el cuadro de dignidad que se anunciaba en su nombre. Lo conocí como director del Liceo de mi pueblo cuando la dictadura empezaba y lo odié desde el primer momento. Lo odié por su mediocridad creciente, lo desprecié por sus posturas de intelectual dejado a medio terminar

1. No debemos perder de vista que estábamos en la época pre tecnológica en donde un teléfono celular no era ni siquiera soñado por los avances de la ciencia, a lo que corresponde agregar que el mencionado profesor –tal era su rígida disciplina–, no hubiera abandonado su clase para efectuar la llamada a no ser con los pies por delante y en una camilla.

en algún proyecto de científico loco, lo ignoré por sus desgastadas ideas decimónicas en torno a la enseñanza; en fin, lo vomité de mi alma desde que lo vi arribar con la consigna superior de purificar el ambiente persiguiendo a todos aquellos que pudieran llegar a ser sospechosos, porque la dictadura militar uruguaya le había enseñado lo importante que era neutralizar al enemigo antes de que el enemigo existiera. Para muchos de los profesores de aquel inmenso liceo fue suficiente con pensar a espaldas del sistema para que fueran perseguidos tenazmente; recuerdo también cuando una de las tantas amenazas de bomba se hicieron oír por la conexión telefónica, de qué manera acusó ante las autoridades a un antiguo maestro de extracción socialista –era su voz, no hay duda les dijo a los lacayos de la intriga–, sin detenerse siquiera a considerar que en el momento en que la llamada se produjo el mencionado docente se hallaba en su clase, en el segundo piso de la misma escuela adonde llegara la advertencia.<sup>1</sup> Probablemente él creye-

ra en el milagroso atributo de la bilocación otorgándole esta virtud a un posible santo ateo.

Era profundamente inepto y en las pocas clases que llegó a impartir a sus desprevenidos alumnos dejó la impresión más nefasta que podamos imaginar. Su materia, historia; allí, olvidaba las fechas, confundía los momentos y, siempre, siempre, se solidarizaba con todos los personajes del ayer que se habían caracterizado por perjudicar al prójimo; su ídolo por excelencia era el descomunal Aquiles y a él le parecía notable la manera en que el héroe mirmidón se había desentendido de la batalla y cómo había enviado a la muerte al honorable Patroclo, porque las grandes decisiones, decía en medio de retórica enfermiza, se toman a espaldas de la moral e iluminados por la conveniencia que arraiga en el ególatra bien personal.

Nobleza obliga a reconocer que había leído mucho –quizás sin entender ni abarcar lo esencial de estas lecturas–, poseía un don de gente que lo autorizaba a platicar largamente en reuniones sociales de diferente naturaleza, tocaba el piano del que emergía un confuso sonido de teclas descompasadas, se hacía cargo del francés e inglés con adecuado acierto. Es decir, que no todo era ineptitud en él; pero sí es preciso afirmar que tanto aprendizaje ajeno a su verdadera profesión lo había vuelto cada día más despistado para estas cosas importantes de la vida y la carrera: no poseía carisma alguno y todo lo divertido que podía llegar a ser en las tertulias familiares se tornaba aburrido y lento en las obligadas sesiones académicas de los lunes por la tarde en donde los estudiantes del primer año de preparatoria volaban por los recovecos imprecisos de la imaginación individual.

Había cursado en una escuela de la Sorbona de París el doctorado de tercer ciclo y se hacía llamar pomposamente Dr. Apolinario Pérez; un colega de aquella época decía que en don Apolinario encontraba plena justificación aquello de que “lo que natura non da, Salamanca non presta” y agregaba, en adecuada corrección: “Lo que natura non da París non Presta.”

Lo definía además la imposibilidad notoria de distinguir lo fundamental de lo accesorio. En cierta ocasión, algunos inquietos estudiantes en tardes de juerga compartida estrellaron y rompieron dos o tres vidrios de los ventanales del patio central de la escuela e inmediatamente el conocido director dio la orden para que se reemplazaran los vidrios ausentes con planchas obscuras de material consistente. El largo corredor del liceo se fue apagando poco a poco mientras don Apolinario se empeñaba en no volver a adquirir los vidrios dañados y los muchachos persistían en su actitud destructora. Así era él; quizás nunca pasó por su cabeza el educar a esos niños rebeldes o, al menos, castigarlos severamente para que los hechos no se repitieran.

La etimología de su nombre rezaba a la letra “consagrado a Apolo, apolíneo”. No quiero ser aún más cruel, pero ninguna

de estas acepciones tenían relación con su persona. Ni siquiera esa aborrida preocupación por la música lo acercaba al dios griego y menos todavía la tonsura inmensa de su cabeza cuadrada.

Recién llegado a Maldonado vivió con su familia en parte del edificio escolar porque aún no le habían conseguido un lugar digno para radicar. El impacto fue inmenso dado que aconteció como sucede con esos dignos edificios antiguos en donde nadie se podía imaginar la cotidianidad de una familia habitando en él. Era como un pecado de irreverencia sublime ver cómo los domingos solitarios de la centenaria escuela se poblaban por la presencia ultrajante de la familia en acción de irrelevante rutina. Todavía recuerdo la ropa interior del director de la escuela colgada impecablemente blanca y cual insignia reveladora de lo trivial en el espacio que durante la semana estaba reservado para el solaz de la cultura liberada de todo rasgo mundano.

Era miembro del Club Rotario de Maldonado y desde ese espacio dedicado a inmiscuirse en los problemas de otros sin atender a los propios se le veía feliz y flemático al poder compartir con sus iguales preocupaciones que no le quitaban el sueño.

Además, pertenecía a una secta masónica y este hecho supo ocultarlo hasta el último día de su existencia aunque su firma garabateada al pasar sobre cada documento revelaba cierto signo de inequívoca procedencia.

En las épocas en que la familia vivía en el liceo, se produjo una anécdota curiosa: el secretario administrativo alcanzó apenas al hijo menor de nuestro personaje que corría presuroso hacia el baño y que había tomado de la mesa, en lugar de papel higiénico, un oficio dirigido al Director de Enseñanza Media quien tenía sus oficinas en Montevideo.

Este último se llamaba Héctor Lamónaca Martínez, pero un desaforado secretario de la mañana gustaba denominarlo como Héctor Lamónaca Galindo y fueron muchos los ingenuos que cayeron en la trampa; hasta aquella pequeña administrativa que trabajaba en el último escritorio de la derecha, junto a la ventana que daba al patio lateral, quien envió a la capital un oficio firmado por don Apolinario y dirigido al Prof. Héctor Lamónaca Galindo. Oí decir con motivo de esta anécdota, que era éste el mejor símbolo que un lacayo del régimen podía merecer y que distraídamente el Dr. Apolinario apoyó y denunció con su firma masónica.

Mandó clausurar la sala de usos múltiples porque descubrió que en ese lugar Caracé y Noemí habían interpretado mal el nombre del sitio –usos múltiples–, y se entregaban a juegos eróticos que escandalizaron al noble Apolinario. Comentaba Bengochea alguna vez –con aquel sarcasmo disfrazado de compulsiva seriedad– que era una verdadera ventaja que los dos amantes no hubieran sido descubiertos en una línea del Metro, porque sin lugar a dudas el moralista Apolinario la hubiera mandado clausurar sin titubeos. Se comprueba así que no podía diferenciar la causa del efecto y que no poseía el más mínimo don de mando.

En una ocasión y mientras participaban varios amigos en una obligada tertulia en casa del director, don Apolinario acababa de interpretar una melodía al piano y la esposa de uno de ellos gritó con entusiasmo que quería oír “Para Elisa”, sin darse cuenta de que precisamente era esa composición la que hacía unos segundos terminara el improvisado pianista; cualquier semejanza con la realidad se volvía pura coincidencia, porque el lejano Beethoven no había sido escuchado en esa tarde aunque el intento del ejecutante lo buscara con tesón.

Nuestro personaje había publicado un libro, sólo un libro que salía a relucir en el instante en que era necesario hacer referencia al currículo del doctor. Recuerdo el título: *Modalidades lingüísticas en el discurso medieval*; y en realidad siempre nos preguntamos qué lugar ocupaba la historia –su especialidad– en este texto; para enterarnos luego que su segunda pasión personal –quizás debiéramos decir tercera, cuarta o quinta debido a los múltiples intereses de este profesional de todo que jamás concretaba en algo–, era la lingüística, porque en sus años mozos había tenido una apasionada relación con una maestra dedicada a estas cosas de la lengua española; la relación lo marcó de tal manera que llegó a creer que los conocimientos entraban por ósmosis cuando en verdad ni siquiera una adecuada ortografía había plasmado en él. En la tercera edición del libro que sólo adquiriría él con el aguinaldo de cada diciembre para repartirlo entre sus amigos y sacrificarlos en aras de una lectura imposible, había tantos errores –gramaticales, sintácticos, de redacto ortografía, etc.–, que nadie podía creer que ningún individuo

en el ejercicio de sus sanos cabales hubiera incurrido en deficiencias tales. Por supuesto le adjudicaba la culpa a la secretaria que había capturado el manuscrito y a la editorial que no había sido capaz de detener la publicación al descubrir tantos problemas.

Numerosos hechos que postergo u olvido tuvieron por protagonista a don Apolinario, quien murió en una tarde soleada de primavera del año 1981, mientras se hallaba recostado en una hamaca paraguaya en el patio de su casa; el rocío del atardecer había manchado apenas su rostro macilento y parecía que una sonrisa escapaba de sus labios inertes. Hubo discursos, recuerdos de su pasado glorioso a cargo de fervientes oradores, lágrimas porque se había ido el gran historiador de la patria oriental... Y no faltaron quienes llegaron a idealizarlo tanto que pensaron seriamente en erigirle una estatua en el patio del liceo en donde gobernara lentamente y en donde sus calzoncillos ondearon alguna vez; no lo hicieron así y hoy su memoria se pierde en la noche de los tiempos que se han ido. Sólo queda un vago recuerdo en las paredes escolares que lo oyeron profesar su fe en la olvidada causa de la vida. Lo oí por todo lo que dejó de ser al llegar a Maldonado y, curiosamente, en México –vana repetición de la existencia–, he encontrado a alguien semejante que cual nuevo obispo ginecólogo<sup>2</sup> no se ha cansado de morir y reaparece para tratar de completar la ingrata tarea de existir. La estupidez humana no concluye y el hombre, pobre hombre al fin, se aferra en el alta mar de la existencia al gran madero de la razón sin comprender que la vida no son apariencias, sino esencias profundas que huyen a cada instante.

2. Es aquel obispo del cuento que aparece en mi volumen *Juegos de amor y muerte* y que me permitiera recrear el imposible de la persistencia de alguien más allá de la muerte.